

Seudónimo: "Pedro Viana"

"CHECKPOINT CHARLIE"

"Cuando brille en Berlín
esa luz de seda del otoño
y la fuerza de los colores de noviembre ..."

(Uwe Johnson)

"CHECKPOINT CHARLIE"

El vopo Frank Schmidt daba su paseo rutinario hasta la torre de vigilancia. Su compañero estaría ya impaciente, esperando la hora del relevo. El otoño avanzado extendía las primeras nieblas, adelantando escalofríos en los habitantes de la ciudad, como presagio del duro invierno que se avecinaba. Schmidt dirigió una mirada distraída a su alrededor y observó cómo, a un metro de altura, en el propio cemento del muro, había brotado una planta de hojas brillantes y acorazonadas, que alargaba sus delgados tallos en todas las direcciones, como si de una estrella de mar se tratase. Su turno de trabajo transcurrió con total normalidad. Allí casi nunca pasaba nada. El era un niño cuando fue construido el muro, y en su cabeza no cabía una imagen distinta de la ciudad. Al finalizar el servicio, echó una ojeada a su descubrimiento y no pudo evitar una exclamación de sorpresa: alrededor de la primera planta habían brotado media docena más, todas de la misma especie. Vencido por la curiosidad, se acercó a la pared y arrancó no sin dificultad una de las plantas: una doble hilera de ventosas se agarraban con fuerza desesperada al muro: adheridos a la profunda raíz, salieron grumos desmenuzados de hormigón. Contrastaba la fibrosa consistencia de la planta con la suavidad aterciopelada y el delicado verdor de sus numerosas hojas. Al dar parte en el cuerpo de guardia, comentó el suboficial:

-Se tratará sin duda de una grieta por la que asoman matas de hiedra. Con arrancar las hierbas y echar unas paletadas de cemento, resuelto el problema. Paso el aviso a una brigadilla de conservación.

* * * * *

Al día siguiente, el vopo Frank Schmidt comprobó que la orden del suboficial había sido cumplida, pero también pudo observar cómo en decenas de lugares, distantes unos de otros, se había producido una invasión semejante. Durante todo el día, las brigadas de mantenimiento se multiplicaron, esforzándose por extirpar el brote. Pronto comprendieron la inutilidad de sus esfuerzos. Las plantas se propagaban a una velocidad increíble, desbordando cualquier intento por acabar con ellas.

El coronel Dieter Walser, responsable directo de la conservación del muro, esperaba el informe de los laboratorios centrales W. Metzke, a donde se habían enviado ejemplares de la planta para ser analizados. El asunto empezaba a preocuparle. Todavía ambicionaba cargos públicos superiores: tenía la esperanza de ascender pronto al generalato y ser destinado a puestos de mayor relevancia. Su misión en el muro pasaba desapercibida, siempre a la sombra de Otto Löwenthal, el general que el aparato del Partido había colocado en el vértice del mando,

un hombre indolente y de talante liberal, que por comodidad había delegado en Walser todas sus funciones, excepto las puramente representativas, las que daban brillo al cargo. Por nada del mundo quería Walser verse envuelto en un problema que hiciese peligrar su carrera. Un joven teniente graduado en Biología le sacó de sus cavilaciones. En el sobre cerrado que le alargaba, se encontraba la respuesta de los laboratorios. Walser se apresuró a leer su contenido. Un gesto de contrariedad se dibujó en sus labios. Se llevó el índice al entrecejo para asegurarse de que tenía caladas las gafas y volvió a leer: "Planta de origen y naturaleza desconocidos. No clasificada hasta la fecha". Y a continuación, detalladas, sus características morfológicas.

* * * * *

Bastaron un par de días más para que la invasión de las plantas se convirtiera en un fenómeno generalizado a lo largo del muro. El coronel Walser no era un hombre propenso al desaliento: ante las dificultades se crecía. Estaba decidido a utilizar métodos drásticos para acabar con la plaga. Contaba de antemano con la aprobación de la Cámara del Pueblo. Esto significaba tener las manos libres para actuar. Afortunadamente, la invasión de las plantas no había merecido mayor atención que una docena de líneas jocosas por parte de la Agencia Oficial de Noticias ADN, recogidas por el "Neues Deutschland" sin más comentarios. Aún estaba a tiempo. Desde su despacho, marcó un número de teléfono. El propio Erhard Krack se puso al otro extremo del hilo.

-Le supongo, alcalde, al tanto de los hechos -dijo Walser.

-En efecto, coronel. Acabo de inspeccionar personalmente el muro y le aseguro que el asombro no me cabe en el cuerpo -comentó Krack.

El coronel Walser dudaba entre traspasar responsabilidades a la autoridad municipal o asumir él todo el protagonismo de la iniciativa. Ambas posturas implicaban riesgo, aunque su carácter ambicioso le hacía inclinarse por la segunda opción.

-¿Tiene algún plan inmediato? -preguntó a Krack-. Por parte del SED se nos ha dado carta blanca en el asunto.

Ya ha sido nombrada una comisión de seguimiento dependiente de esta alcaldía, la cual actuará en coordinación con ustedes, los mandos militares correspondientes -informó el alcalde.

-Soy partidario de atajar el mal de raíz, de la acción inmediata -explicó Walser-. No me gustaría tener que dar explicaciones a la Stasi, ¿me comprende?

-¿Qué es lo que se propone? -carraspeó intrigado Krack.

-Dos helicópteros MX-434 de Protección de Bosques están listos para despegar desde la base militar de Glienicke. Mi idea es fumigar todo el muro con una solución abrasiva. Necesito una gestión personal ante Walter Momper, el alcalde del sector Oeste. Los paratos tendrán que sobrevolar también el otro sector y no queremos incidentes.

-Ya me he puesto en contacto con mi colega. Momper ha minimizado el problema. Incluso ha bromeado, comentando que desde su zona el muro se está poniendo precioso... Bromas aparte, mi relación con Momper es excelente. Cuento con la aprobación de M. Woerner si es preciso y actúe cuando lo estime conveniente. En cualquier caso, ¿me permite un pronóstico, coronel? Las lechugas se secarán con la primera helada seria. Dé tiempo al tiempo.

Walser colgó. El sentido del humor no era su fuerte.

Se redujo el personal de vigilancia del muro a sus puntos clave. Los vopos que permanecieron en sus puestos fueron aislados herméticamente y dotados de mascarillas antigás. La operación se realizó inmediatamente. Los MX-434 sobrevolaron el muro a baja altura, abriendo sus panzas y pulverizando toda la línea una y otra vez con el líquido corrosivo. La tarde breve desembocó en una niebla temprana y espesa que bajaba a confundirse con el humo de la sustancia cáustica al depositarse, anulando la visibilidad. El coronel Walser dio cuenta de la acción al general Löwenthal y se retiró pronto a descansar, convencido de haberse quitado de encima una pesadilla y de haberse apuntado un mérito más en su hoja de servicios.

* * * * *

La mañana se abrió limpia y transparente, como si las brumas de la noche hubiesen alzado el telón para un acto más de la comedia. O del drama. Porque los helicópteros del ejército parecían haber dejado caer una lluvia espesa y verde, que la escarcha hubiese congelado. De un extremo a otro extremo del muro, incluyendo las alambradas, un tapiz vegetal desafiaba orgulloso los rigores del frío. Con la primera claridad del día, el coronel Walser se había trasladado en su viejo y ruidoso Wartburg hasta el lugar de su fracaso. Iba y venía, sin encontrarle sentido al espectáculo que tenía ante sus ojos. Un Chevrolet oficial se detuvo a su altura. El general Otto Löwenthal, responsable máximo del muro, se bajó del vehículo. Contempló la verde pared con la boca abierta y después depositó en su subordinado una mirada de incredulidad. La confianza ilimitada que desde hacía años depositara en Walser se acababa de esfumar en un instante.

-Y bien, coronel ... -dijo al fin, con voz monocorde y tabacosa.

Dieter Walser comenzó otra vez por el principio, con la esperanza de encontrarle una salida al laberinto, pero el general le interrumpió con un gesto de la mano enguantada.

-A mí no tiene que convencerme de sus métodos. Le conozco desde hace mucho tiempo y sé de su probada eficacia. Espero que a "ellos" les satisfagan sus explicaciones.

Walser sintió un escalofrío. Nunca había tenido problemas con la Policía Política. A veces habían seguido caminos paralelos, pero nunca encontrados. Ahora tenía la sensación de que por fin la Stasi se cruzaba en su trayectoria.

-Nos están esperando -dijo el general.

La suerte parecía echada. Sin embargo, aún se aferró a una última tentativa. El general Löwenthal, que también se jugaba mucho en el envite, advirtió la esperanza dibujada en la expresión de Walser.

--¿Alguna otra idea genial, coronel? -preguntó con amarga ironía.

-¡El fuego! -exclamó Walser, súbitamente iluminado.

-No pretenderá usted empapar de gasolina todo el muro y después prenderle fuego ...

-Con su permiso, general.

Walser se dirigió a un camión militar e impartió órdenes a través del radioteléfono. Minutos después, una tanqueta provista de un lanzallamas maniobró hasta enfilar el muro. Siguiendo las instrucciones de Walser, el chorro de fuego pareció fusilar un punto del muro con su bocanada roja. Mantuvieron el ataque obsesivo contra el mismo blanco durante segundos interminables. La bofetada de calor rebotado resultaba reconfortante.

-¡Basta! -ordenó el coronel.

Los dos jefes militares observaron los efectos del fuego. Las plantas atacadas se retorcían, exudaban un líquido viscoso que no llegaba a caer al suelo, parecía que se rendían al elemento destructor para, al cabo de unos momentos, alargar ostensiblemente los tentáculos y enlazarse a las plantas inmediatas, como si huyesen del enemigo para emboscarse y encontrar lugares más seguros. Walser tuvo que apoyarse en un oficial del destacamento para no caer; después, orientó sus pasos hacia el vehículo que le estaba esperando. El general Löwenthal se convulsionaba en un acceso de tos. Tuvieron que retroceder: Walser se había olvidado de su destartalado Wartburg. El coronel tenía la mente en blanco.

* * * * *

Cuando Löwenthal y Walser, siguiendo la majestuosa avenida Unter den Linden, llegaron a la Central de la temida Seguridad del Estado, su vicedirector, Wolfgang Schwanitz cambiaba impresiones con Günter Schabowski, miembro del Politburó y Secretario de Información y Propaganda. El inicio de la reunión fue tenso. Se pidieron explicaciones pormenorizadas. El general Löwenthal se quitó el muerto de encima con su habilidad característica, y pronto el debate se convirtió en un mano a mano áspero y crudo entre Schwanitz y Walser. Contrastaba la fría meticulosidad del hombre de la Stasi con la rocosa firmeza del coronel. En el tira y afloja entre la sinuosa reptilidad de uno y la lógica contundente del segundo, se fue afianzando la posición de Walser. Llegó el momento en el que se agotaron los argumentos de la acusación. Löwenthal respiró un poco más tranquilo y miró de soslayo a su segundo, con indisimulada admiración.

-Por lo que respecta al organismo que represento -terció Schabowski-, he de confesarles que nuestra máxima preocupación proviene del exterior, de la reacción de los países capitalistas. Nos encontramos ante un hecho que no se puede silenciar.

Schwanitz había abandonado su papel de fiscal, consultó unos papeles que había sobre su mesa y con entonación solemne expuso su teoría:

-A la espera de los resultados que nos proporcione el departamento de Fito-logía de la Universidad de Leipzig, la Seguridad del Estado está en condiciones de informarles que nos encontramos ante un caso de sabotaje por parte de una potencia imperialista que está en la mente de todos.

Schwanitz contempló satisfecho la sorpresa en el rostro de sus interlocutores, antes de proseguir:

-Esta sutil agresión tiene por objeto ridiculizar la obra que es el símbolo de nuestra identidad nacional, la barrera que nos preserva de la contaminación capitalista. Nuestros enemigos han aprovechado estos momentos cruciales en los que el camarada Honecker ha dejado las riendas del Estado en las manos más jóvenes del camarada Krenz, tratando de abrir una brecha de discordia en el más sagrado símbolo que poseemos ...

Dieter Walser fijó su atención en el vuelo de una mosca que sobrevivía al intenso frío de aquel despacho. Después del stasi intervino Schabowski. La propuesta conjunta del Politburó y de la Policía Política consistía en reclamar como propia la acción de vegetalizar el muro.

-Les devolvemos la pelota. Haremos creer al mundo que hemos sido nosotros los que hemos revestido al muro con una máscara más amable, a tono con las zarandajas que predicán.

-Una jugada maestra -reconoció, definitivamente aliviado, el general Löwenthal.

* * * * *

Günter Schabowski hizo honor a su prestigio como Secretario de Propaganda. Ni el propio Göebbels lo hubiese mejorado. Del intento por erradicar la planta y silenciar el fenómeno, se pasó al extremo opuesto: los medios de comunicación social se pusieron al servicio de la noticia con un despliegue de lujo. La televisión realizó amplios reportajes con preciosas imágenes de lo que estaba sucediendo, la radio estatal mantuvo a pie de muro un numeroso equipo de informadores, la agencia ADN distribuyó las más extensas crónicas, el "Neues Deutschland" glosaba la noticia en portada y a toda página. El denominador común de las informaciones era un canto de alabanza a las autoridades. No hubo voces discordantes. Incluso los representantes de "Nuevo Foro" y el diario liberal "Der Morgen" no encontraron motivos para una mínima objeción. La "iniciativa verde", como fue bautizada, recibió efusivos telegramas de felicitación de líderes tan independientes como Fidel Castro y Nicolae Ceaucescu, incluso de dirigentes occidentales. Aunque la agencia "Tass" despachó la noticia en veinte palabras, el propio Gorbachov comentó que la "iniciativa verde" encajaba en el nuevo espíritu de la perestroika.

* * * * *

Horas después de estas manifestaciones, en el lugar donde brotaran las primeras plantas, aparecieron las primeras flores. Flores en corimbos y en umbelas, pequeñas y arracimadas, de distintos y bellísimos colores: blancos inmaculados, azules Prusia, amarillos, rojos carmesí, violetas ... Una gama entera de tonos frescos y vivos, un regalo esplendoroso de la naturaleza. Bastó la noche para que floreciese el muro entero y la maraña de alambradas, en una eclosión singular, sobrecogedora por su hermosura inigualable. Al tiempo, un perfume suave y penetrante se adueñó del ambiente, invadiendo con sutiles aromas hasta los últimos rincones de Berlín.

El notición estaba servido. Con sello de urgencia, fueron llegando centenares de enviados especiales procedentes de todos los rincones de la tierra. Unos y otros estaban de acuerdo: se había producido la más hermosa noticia de la década. Decenas de miles de turistas hicieron apresuradamente las maletas y cambiaron el destino de sus vacaciones y viajes para no perderse el espectáculo. Man-

fred Gerlach y Egon Krenz ni en sueños hubiesen podido imaginar una propaganda más eficaz y rentable. Tan sólo el coronel Walser, acostumbrado durante años a "su" muro, sentía una desazón irremediable.

* * * * *

El ocho de noviembre amaneció especialmente frío. El vopo Frank Schmidt, centro de atención de periodistas y curiosos, observó cómo de la parte superior del muro se desprendía un cascote, como si de un ramo arrojado al suelo por una novia arrepentida se tratase. En el muro mellado, en vez de hormigón, aparecieron plantas aún más hermosas, más recientemente florecidas. El vopo Frank Schmidt bajó de su torreta y examinó el macizo caído, que se marchitaba rápidamente: flores, sólo flores. Ni restos de hormigón. Luego procedió a examinar la alambrada florecida, repentinamente rota en numerosos pedazos: al primer contacto, cedió la consistencia de lo que fuera acero y se quedó en la mano con un quebradizo hilo de flores que languidecían por momentos. Todo el muro se estaba desmoronando a velocidad de vértigo, se estaba convirtiendo en una alfombra de pétalos tornasolados e iridiscentes que fulguraban durante unos instantes al sol de la tarde, antes de convertirse en polvillo ceniciento.

* * * * *

Jueves, nueve de noviembre de 1.989: Günter Schabowski, portavoz del Politburó y Secretario de Información y Propaganda, anunciaba al mundo la apertura - del muro de Berlín. No sabía que el muro ya había sido aniquilado por una fuerza desconocida e incomprensible para él.

* * * * *

El profesor soviético Beliavski, autoridad indiscutida en el mundo de la Botánica, recibió en su laboratorio a los confundidos colegas de la Universidad de Leipzig.

-Perdónenme, señores -interrumpió suavemente, jugando con una de las plantas que le habían sido llevadas-, pero no necesito explicación alguna acerca de la "liberum cor".

-¿De qué planta dice que se trata?

-De la "liberum cor" -repitió el profesor Beliavski-. ¿No les gusta el nombre? Les confieso que acabo de bautizarla. No hace falta resucitar a Carl von Linné. El no la clasificó porque no llegó a conocerla, aunque es tan vieja como

los conflictos de la humanidad. Crece en los lugares imposibles, en circunstancias excepcionales, en entornos inimaginables y florece una vez al siglo, como el bambú.

Los naturalistas alemanes se miraban desconcertados, pensando que desvariaba.

-¿No sería oportuno realizar pruebas de laboratorio ...?

-Bien, señores, salgamos -les interrumpió Beliavski, dando por zanjada la cuestión-. Tengo interés en conocer su parecer acerca del parque que acabo de diseñar para la universidad "Patricio Lumumba".

En el vestíbulo, el profesor Beliavski se despojó de su bata de trabajo y se enfundó ropa de abrigo. Los fitólogos alemanes le observaron estupefactos. En el ojal superior del gabán de piel que acababa de ponerse, el profesor Beliavski se adornaba con un ejemplar de la "liberum cor", un ejemplar que ellos no habían trasladado desde Berlín.

-No se asombren ustedes -sonrió enigmático Beliavski-. La he recogido en las murallas del Kremlin, donde han empezado a brotar algunos ejemplares.

F I N